

Nunca te quise dar en la jeta, Javier

Juan Fernando Álvarez
Egresado del Taller de Escritores
Universidad Central
Master en Creación narrativa
Universidad de El paso, Texas

*¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?*

La vida es sueño

Nunca te quise dar en la jeta, Javier, eso que quede claro. Las cosas pasaron como pasaron porque no me dejaste otro camino. Dos y dos son cuatro y cuatro y dos son seis, así de sencillo, y si ahora ando con este malestar eso es otro problema. El abuelo parece de hierro, es cierto, pero también está viejo y aparte tú y tu maldita forma de perder la cabeza, tú y tus resoplidos de buey enojado, loco, simplemente no me dejaron alternativa. Cuando entré en la cocina y los vi engarzados y rojos como alacranes en guerra traté de cerrar los puños pero no pude. «¡Qué mierda pasa aquí!», grité sin mirarlos a los ojos, dándome tiempo para desacobardarme, como si tu presencia en esa casa luego de tantos años sin verte no bastara para entender que algo andaba mal, que la marea de tu corazón enfermo volvía para arremeter y que la salud de mis abuelos pagaría de nuevo. Me quedé parado unos segundos, es cierto, pero no porque dudara. Me quedé parado porque supe que una vez diera un paso no iba a haber vuelta atrás entre los dos. ¿Por qué no soltabas al

* Cuento perteneciente al libro *Falsas alarmas*, ganador del Premio Nacional de Cuento "Ciudad de Bogotá", 2005, convocado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

abuelo, maestro? ¿Por qué no, simplemente, cuando entré en la cocina, lo soltaste? Te fastidió llegar y enterarte que había una cena de despedida para el nieto estrella y que tú, claro, no estabas invitado, ¿verdad? «Qué hay de comer y quiénes están», me imagino que preguntaste, y luego el viejo mañoso y generoso seguro no te respondió con claridad pero quiso darte el bocadito porque ver a un hijo enflaquecido y mugriento no debe ser fácil, y te invitó a pasar pero ya en la cocina cuando amenazaste con subir al segundo piso de la casa a saludar seguro se enojó contigo, te lo prohibió, no le hiciste caso y acabaron en las manos. Fue así como comenzó la pelea, ¿verdad? Sí, estoy seguro que fue así, y si quieres mi opinión, es una razón para fastidiarse, pero igual, ya te dije, no podía dejar que una vez más calibraras a mi abuelo. Cuando me abalancé y mientras te metía puño por donde podía, la campana del terror me apagó los sentidos. Ahí, haciendo fuerza hasta en los dedos de los pies, lleno de una ansiedad ocre rechinándome los dientes, con diecisiete años cumplidos y más cerca que nunca de tu peso venido a menos, tuve la impresión de poder matarte a golpes porque entendí que tú algún día estarías a punto de matar a alguien. Estoy dispuesto a aceptarte que la vida junto a la terquedad del abuelo no fue fácil. Sé que te entraban ganas de odiarlo y que la prohibición del fútbol no fue todo, que en especial te enfermaba cuando te llamaba burro y te venía con toda la cantaleta del colegio. Pero, ¿qué quieres, loco? Alguna vez te lo dije, ¿no?, a los viejos también les pesa el rol que tienen que asumir. Bien mirado estoy seguro de que él soñó con que fueras futbolista. Soñó con el fútbol como tabla de salvación, como mecanismo para aplacar ese demonio que te cargabas por dentro. En serio, entre más lo pienso y más reconstruyo las tardes en que los acompañé a los entrenamientos, más me convengo de lo lógico que resulta que él cifrara sus esperanzas en la fuerza de ese universo, en ese barro que te exprimía las energías y te dejaba dócil y contento, al igual que él, que cuando te veía tirarte a los balones pateados por tipos de más de 90 kilos sin ningún atisbo de miedo, se le aguaban los ojos y se le llenaba el pecho de orgullo. «Mijo, eres un burro», te decía cuando te costaba concentrarte y conseguir los resultados exigidos en el colegio, y yo sé cuánto te enfurecía eso, pero créeme, loco, el abuelo sólo quería ayudarte, pasar las horas que hicieran falta camellando en cuanto negocio absurdo asomara, negocios en los que siempre perdió por confiar en la palabra de la gente y a pesar de los cuales siempre consiguió que nos les faltara nada, ni a ti ni a tus hermanos.

Sabes, un día la abuela me soltó la historia entera de tus conversaciones alucinadas con un personaje que nunca resultaba claro si era alguien a quien reconocías como familiar de sangre de otra época, o si era la bisabuela Constanza a quien cuando niño habías conocido por unos días en su mal oloroso lecho de muerte. Estos seudodiálogos misteriosos no eran muy recurrentes, me dijo la abuela, y por la forma en que me contó todos los detalles me quedé con la sensación de ser el primero de la familia al que se

atrevía a decírselo. Es probable que todos los demás lo supieran también y que más bien no le dijeran nada a ella para no preocuparla, quién sabe, lo cierto es que me contó que sucedían desde que eras niño, pero que con los años la crudeza de los mismos se había hecho insoportable. Esta confesión me la hizo semanas después de la faena del día de las velitas, ¿te acuerdas?, cuando te sacaron para siempre de la casa. Me lo contó como tratando de darme otro tipo de explicaciones, ella siempre tan preocupada por que la gente no te odiara, por que la gente no te redujera a bestia burda. Los encuentros, me dijo, sucedían en el patio, por lo general en tardes oscuras. Te sentabas a esperar por horas, de espaldas a la entrada para que fuera claro que no querías ser interrumpido, y sin ningún ánimo de disimular. Cuando la presencia parecía llegar te levantabas en ademán de saludarla y luego volvías a sentarte. Así lo describía la abuela. Decía que le hablabas de toda tu tristeza, de la rabia que te producía ver cómo los demás destinaban buena parte de su atención a observarte con cuidado y a tratarte con pinzas, desde el colegio hasta la peluquería; le contabas de tu comprensión de la necesidad de controlarte para evitar encabronarte y que la cabeza se te calentara, porque, cuando era así, decías, a la sensación de estar a punto de estallar se le sumaba la de no poder resistir a la gente cerca. Por lo general, la gente, claro, no ayudaba, se seguía acercando y entonces decías que era tanto el calor que enrojecías y te entraban esas ganas de meterle la mano a cualquiera, al que estuviera más cerca. Sí, loco, la abuela lo escuchó todo pero nunca fue capaz de interrumpirte. Me dijo que las veces en las que lo pensó las ganas de llorar la vencieron. Hablabas de la necesidad de alejar a la gente sin preguntas de tu espectro de calor e incluso hablabas de un cierto espectro de mal olor, aunque de éste, me dijo la abuela, hablabas menos. Supongo que el espectro de calor era un problema interior. El de mal olor, para serte franco, loco, y sin ánimo de ofender, era decididamente exterior. Mierda, qué mal podías llegar a oler. Tu cuarto, por ejemplo, había domingos en los que parecía tripería, y cómo le avergonzaba eso a la abuela. Siempre desde la ventana del carro de mi mamá, parqueando al frente de la casa cuando íbamos a almorzar, yo podía ver tu ventana abierta e imaginaba la pelea que había significado. Porque eres tozudo, maestro, eres terco como el burrito que decían que eres y que tanto te enfurecía. La abuela podía permitir que mantuvieras el cuarto encerrado una semana entera, porque ella eso y casi todo lo aguantaba. Pero cuando llegaba la visita la cosa era diferente. Si quieres que te diga, a mí algo así también puede joderme porque me parece hipócrita, pero a ti... a ti me da la impresión de que ni siquiera era eso lo que te molestaba. Lo tuyo, loco, tenía que ver más bien con el rompimiento de ese molde de extrañeza al que parecías atado para sobrevivir.

La imagen del primer palo de escoba que tuve que ver que te rompieran en la cabeza, cuando toda la realidad se me vino encima y descubrí que lo

tuyo venía de años atrás, no se me va a borrar nunca. Ese día, recuerdo, todo pasó mientras mi mamá me sacaba de la casa, en medio de tus gritos, intentando evitar que yo presenciara el espectáculo de la policía entrando con sus bolillos para llevarte. Yo era bien pequeño entonces. Qué tendría, ¿ocho años? Tú a lo mejor ni te acuerdas. Ese día, Javier, me quedé con la idea de que siempre habías vivido rabón conmigo. Enfermo de rabia. No me preguntes por qué, pero así fue. Como si te hubieras dejado convencer por el falso aliento del nieto estrella, de la vida prometedora y con futuro... No sé, Javier, pero a veces creo que he sido particularmente cruel contigo. Te usé como apuesta por otras alternativas diferentes al triunfo y las expectativas de la gente. Qué querías, es raro, ya sé, pero qué querías. Ese día me gritabas con los ojos descolocados, enfermos. No te imaginas la desolación que sentí. Cuando dijiste: «¡qué hace ahí parado mirando, hijueputa!», algo se me fracturó por dentro. Como si el tren de cuerda dejara de existir. Y luego la rabia porque fueras tan zopenco, porque fueras tan bruto a tu manera, esa manera escandalosa y agresiva. Que fueras tan bruto, por ejemplo, como para encargarte de desperdiciar la oportunidad del fútbol con las rabietas que te entraban y que acababan en agresiones a los árbitros. Esa fuerza, loco, ese entusiasmo inagotable, esa forma de alimentarte y de mandar el corazón del corazón a cualquier balón, me conducía a pensar, por pequeño que estuviera, que lo tuyo era el fútbol. Yo, quizá al igual que el abuelo, pensaba que tenías elección porque tenías un camino... En fin, lo cierto es que ese día, cuando por fin mi mamá y yo salimos de la casa de los abuelos, una vez te habían montado en la patrulla en un gesto que habría de repetirse, ella trató de darme explicaciones. Me dijo: «Javier no es del todo tu tío». Me puse furioso, loco, furioso. Ella notó mi irritación y trató de seguir con su explicación. A mí me daba la impresión, fíjate si estaría niño entonces, que ella de buenas a primeras elegía que no fueras mi tío. Como si toda la historia que me contaba en ese momento acerca de la mujer que había trabajado en la cafetería de los abuelos años atrás, y que te había abandonado una tarde cualquiera, se la estuviera inventando para consolarme. Absurdo, ya sé, pero qué quieres, maestro, ya te dije que estaba muy pequeño. Como sea, el asunto es que una vez mi mamá acabó de hablar, toda la parafernalia de que no eras hijo natural de los abuelos se me presentó como una oruga estúpida incrustada en mis sienes tratando de andar por donde no hay espacio. Aquello no era explicación de nada y mi madre, por supuesto, era la primera en saberlo. Luego me enteré que visitaste varios médicos, que los abuelos y mi mamá consiguieron los favores a bajo precio de un especialista. ¿A qué especialista te habrán llevado? ¿Por qué nunca me contaste de esas visitas? Seguro te daba pudor. Pasaron antes de que te sacaran de la casa de los abuelos, ¿verdad?; sí, tuvo que ser antes de que te fueras a la pocilga donde nadie dice que vives pero donde todo el mundo sabe que vives. Debo aclararte que nadie la llama pocilga, por supuesto, pero así me la imagino yo. La

verdad es que no sé donde vives. ¡Mierda!, mentiras, sí que sé donde vives. Ahora que me acuerdo, luego del altercado del día de mi despedida, el abuelo me lo dijo... Puta que me dan ganas de llorar recordarlo, porque sólo ahora vengo a entender la dimensión de la ironía. Estás viviendo sobre esa diagonal que conecta la 63 y la 57 por detrás del estadio, ¿verdad? Vaya mierda, encarcelado a unas cuadras del Campín, a unos metros de tus sueños.

Qué desorden absurdo. Es increíble, loco, pero recordarte me altera hasta el temblor de los huesos. ¿Cuántas veces se metieron la mano con mi tío Iván? Él siempre fue quien menos habló de ti, como si te tuviera descifrado y entendiera que no había remedio, que tú, simplemente, tenías que desaparecer. Quizás por eso él siempre prefirió la policía, algo de lo que me di cuenta la noche de las velitas, cuando no sólo la llamó de inmediato sino que demás fue el único que pudo mantener la calma mientras tratábamos de tumbar la puerta del baño. Me parece verlo, loco, me parece verlo y escucharlo así no hayan sido más de cinco minutos y yo estuviera concentrado en todo mi miedo y en la forma de ayudar a mi abuelo y a mi mamá con la puerta. «¡Nunca más hijueputa, nunca más pondrás tu hocico en esta casa!» Eso gritaba, y se veía pasmado como todos, sí, pero también le afloraba un cierto orgullo en el semblante irritado, un cierto orgullo que le permitía gritar, gritar sin parar, gritar esas palabras una y otra vez, como anunciando que había llegado tu hora, como diciéndole a los abuelos, en realidad, que ahí tenían toda su buena voluntad y su caridad, que ahora vieran si no había que encarcelar al animal. Cuando por fin la puerta cedió y pudimos sacar a mi abuela sudada y echa lágrimas, todo se convirtió en una retahíla confusa. Controlarte, gritarte, escucharte, soportar la presencia de la policía golpeándote y la de los paramédicos atendiendo a la abuela... No sé, maestro, pero en ese momento y a pesar de mis trece años supe que todo había reventado, que las cosas habían llegado al punto deseado por mi tío Iván y que efectivamente no volverías a casa. Hay territorios sin vuelta atrás. Por eso luchaste hasta la inconciencia, como un caballo salvaje. De esa golpiza recuerdo tu rostro como una mancha triste. Ya ni siquiera apretabas los dientes. Recuerdo los gritos de mi mamá y mi tío, sí, eso recuerdo también. Mi abuela medio inconsciente y sin embargo mi mamá y mi tío la reprendían sobre cosas de la vida, sobre andar protegiéndote siendo ya tan viejo y siendo semejante carga. Le decían que vos eras un enfermo y que ya no era hora de venir a explicarte nada, que si tenías que aprender con los garrotazos de un chupa pues que entonces así tenía que ser. Sí, así pasaba: tú le gritabas a mi mamá, a mi tío y a los policías, y ella y mi tío a mi abuela, y luego mi mamá a ti: «hijo de puta enfermo arruina vidas», eso te decía, como en una especie de cadena seca, ¿te acuerdas? Una vez la policía te sacó nos enteramos de lo que había pasado. La abuela, desde la camilla y mientras pedía que no la llevaran a ninguna clínica (supongo que para que no aumentaran tus problemas con

la ley o por lo terca que también es, ya sabes), nos dijo que todo era culpa de ella. Imagínate a la vieja bella. Explicaba llorando, medio avergonzada y como esforzándose para que sólo el abuelo la escuchara, que no había querido empeorar las cosas, que sólo pensó en buscar otro camino, que sentía mucha angustia, que por favor le creyeran. Al parecer te escuchó, Javier. Te escuchó en el baño, llorando, mientras te duchabas y maldecías a Dios y jurabas que lo matarías. Ella se puso tan nerviosa que por eso abrió la puerta y trató de seguir escuchando. Acostada en la camilla le agarró la mano al abuelo y le dijo que cuando se dio cuenta de que hablabas de tu propio hermano, de matar a mi tío Iván, se puso tan mal que los músculos la cruzaron y fue entonces cuando cayó al piso. No sé, maestro, pero me parece que una madre puede tolerar muchas cosas menos la idea de que dos hijos suyos se maten. «Desparramada en el piso, cuando abrió la cortina de la ducha, traté de explicarle... sólo quería calmar su rabia», decía la abuela, imagínate, la pobre vieja ingenua, como si no entender fuese tu desgracia. La abuela, ya sabes, siempre tratando de ganarle a la mala suerte. Debe ser por eso que me da rabia contigo. Porque hasta llegamos a burlarnos de lo burro que podías ser, ¿te acuerdas?, cuando yo trataba de explicarte los elementos básicos de la teoría de conjuntos o el proceso de la fotosíntesis, pero tú no entendías nada y acabábamos convirtiendo a la fotosíntesis y a los conjuntos en futbolistas imaginarios con los que nos íbamos de viaje en busca de canchas de fútbol que nunca encontrábamos... Yo nunca te pedí que entendieras, Javier, a lo sumo que la miraras a los ojos con cuidado. No te hagas el güevón, maestro, sabes muy bien de qué hablo. Mirarla a los ojos y darte cuenta que sufría. Para eso no hay que ser el más listo de la cuadra. Para eso no hay que acabar el colegio o entender la fotosíntesis. No te parió y qué. Era tu madre, maestro, y eso no me lo puedes sacar de la cabeza.

A qué horas, loco, a qué horas nos jodieron y nos dejamos convertir en la promesa afortunada y en la promesa naufragada. No entiendo qué paso. Tú eras mi apuesta por algo más que la inteligencia, la decencia y lo bien hecho. Me siento miserable y cruel; colocar semejantes expectativas en ti cuando seguramente no has sido más que la víctima de alguna enfermedad que los médicos deben tener bien organizada bajo alguna odiosa rúbrica de cuyo nombre prefiero no enterarme. Aunque igual, si volviéramos en el tiempo y averiguáramos el nombre de lo que te pasa, seguro nos divertiríamos. Yo me inventaría de dónde han sacado eso de personalidad irascible o tendencias de disociación social, y tú me harías una pregunta tras otra, todo grandote, desde el piso, acostado revolcándote de la risa, con un balón o una pelota de tenis entre las manos que rebotarías de un lado a otro mientras nos llamaban a comer... ¿Cómo sigues de la cara? ¿Cómo pasan tus días? Sólo el abuelo sabe, que me enteré te sigue llevando bocados a tu pocilga, los domingos cuando atardece, a riesgo de ser regañado por la familia. Me lo contó él mismo, luego de la pelea, una

vez te controlamos, te sacamos a la calle y cerramos la puerta. Pobre viejo. Cuando todo el incidente terminó y la gente volvió al comedor, él y yo nos quedamos sentados en el patio. Estábamos fatigados. Se puso a llorar pasito, para que nadie lo fuera a escuchar. Lo abracé y me quedé en silencio, sin saber qué hacer. «Ya no apuesto a los caballos», me dijo luego de un rato. Pensé entristecido que la batalla se la habían ganado las mujeres, mi mamá y mi abuela y toda la eterna cantaleta por la plata perdida en las apuestas. Pero no, resultó que era otra cosa. Resultó que lo que quería explicarme con esa frase eran muchas más cosas. Todas muy confusas, como su propia alma, porque te cuento que el viejo, me parece, cree que todo es culpa de él, de la manera como te educó, de los favores que cree que le faltó pedir. Me relató cómo le tenía que anunciar a la abuela que se iba a apostar, a riesgo de enfrentar la cantaleta que fuera, para poder salir solo y llevarte los bocados sobrantes. Me dijo que llevaba ya varios meses haciéndolo pero que igual tú cada vez estabas más flaco, con los ojos cada vez más grises, entregado a tu suerte. Luego me dijo, como si organizara sus pensamientos en el silencio, que en realidad lo que más le preocupaba era que, recientemente, la abuela ya no le peleaba cuando anunciaba que salía. «Será porque descubrió que sumercé sale a llevarle comida a Javier», le dije yo, todo inteligente, y luego hasta le expliqué que no era difícil sospecharlo ya que después de todo nadie iba a la oficina de caballos con una fiambra. La tristeza se le borró de inmediato de la cara, levantó la cabeza y me zarandó: «¡Qué cree, mijo, ¿qué no la escondo antes de salir?! No, no es eso», dijo, y luego de una pausa terminó: «la abuela ya no me bravea porque está cansada, igual que yo». Pasamos otro rato en silencio. Al final se secó las lágrimas y me pidió que le ayudara a servir los postres. Con dos bandejas llenas de arroces de leche y cuajadas con melado subimos y nos sentamos a la mesa. La familia hablaba de una tía política de la esposa de un tal Enrique quien conocía a la señora prima de la familia Obregón. Era imposible entender la historia. Miré al abuelo. Había elegido arroz con leche y se lo comía despacio. La abuela no quiso postre. Al otro día era mi partida, loco, y yo no podía pensar más que en tu cara ensangrentada y en la estrechez de los caminos. **bU**